



hechos, el *Gran i General Consell*, decide edificar con presteza una torre en la bocana del puerto. Cuatro años después, durante la vigilia de Pentecostés, varias naves argelinas destruyen la pequeña torre con fuego de artillería. Sin oposición, llegan hasta el oratorio de Santa Catalina saqueando, profanando y devastando la iglesia y casas contiguas. Antes de zarpar queman y hunden las naves ancladas en el puerto destruyendo la atarazana y la alhóndiga. No contentos con la devastación, al día siguiente, uno de los bajeles argelinos que a buen seguro permanecía al acecho, regresa, acometiendo y apoderándose de una nave mercante que había llegado procedente de Barcelona.

Poco, o más bien nada, hizo al respecto el entonces virrey Miguel Sureda Zanglada. En un intento por templar los ánimos mandó disponer de guardas en la ribera, que poco podían hacer en caso de un nuevo ataque. La entrada del nuevo mandatario, Felipe de Cervelló, señor de Oropesa, acuciado por la presión popular fue determinante para erigir una fortaleza en la gola del puerto, principiada en 1543 y terminada en 1545. Es remarcable la eficacia demostrada posteriormente por esta construcción impidiendo con el fuego de su artillería el desembarco de las huestes de Ochialí, el 11 de mayo de 1561. Esta afrenta convertida en acicate les predispone a desembarcar en un lugar cercano conocido como “*es coll de l’illa*”. Entre los hechos acaecidos destacar que un nutrido contingente compuesto por alrededor de 1.700 turcos capitaneados por Sufphu Arrays atacó la villa de Sóller. En su precipitada huida, varias reyertas desembocaron en heroicas y gloriosas gestas de los lugareños. A pesar de los denodados esfuerzos y valentía demostrada los turcos ya habían saqueado y devastado la villa.¹

1.- CAMPANER Y FUERTES, ÁLVARO; *Cronicón Mayoricense*. (Tercera edición. Palma, 1984) Págs. 271, 272 y 273.

Durante el mes de marzo de 1576, el virrey Miguel de Moncada, visita el puerto de Sóller recorriendo los alrededores con el fin de escoger el lugar propicio para construir una torre. Al año siguiente, Jerónimo de Jossa y Mossén Burgués señalan y delimitan el emplazamiento de la fortificación, pero el proyecto, por cuestiones pecuniarias, no prospera y tres años después el nuevo virrey, Antonio d’Oms acompañado por el maestro de fortificaciones Antonio Saura y del ingeniero Jorge Fratin, visitan el lugar sin que se determine de manera concluyente su ejecución.

Luis Vich, nuevo virrey de Mallorca, (1585) después de realizar una inspección militar de carácter general describe el puerto de Sóller diciendo; “...vi un fuertecillo que hay con siete piezas de artillería.

*Ordené los reparos necesarios en él y mandé crecer la munición necesaria. Es un puerto con agua abundante y capaz de una escuadra de cerca de cuarenta galeras...”*² Atendiendo esta premisa, cabe pensar que consideró suficiente la existencia de la torre del puerto para su defensa. Obviamente, el *consell municipal de Sóller*, afectado por tal decisión, decide enviar un emisario, Pedro Antonio Busquets i Puigdor a Madrid para solicitar al rey Felipe II dinero con el que financiar la construcción de una torre y la adquisición de artillería, armamento y munición. Parece ser que las gestiones no obtuvieron su fruto pues la documentación nos indica que en 1605 los *jurats de la vila* solicitan ayuda económica para este menester al *Gran i General Consell*. Cuatro años después, tras largas gestiones el rey dictamina que del dinero destinado a gastos de fortificación se deriven dos tercios del coste total a través de Antonio Mayol Vicens, *jurat de la vila de Sóller*, que debía actuar como administrador.

No obstante, la cantidad restante que debía aportar la villa era considerable y como tantas otras en esta época, empobrecida y altamente gravada. Transcurría el tiempo y la disposición regencial exigía su cumplimiento. Así, en junio de 1613 el virrey Carlos Colomà, con diferencia, el más comprometido con la defensa de Mallorca, visitaba la villa exigiendo a los jurados el cumplimiento de sus obligaciones. Quinientas libras eran una cantidad elevada para una mermada y pequeña villa y su acopio significaba esfuerzo, penurias y sobretodo lentitud y por tanto tiempo. A propuesta del mismo, día primero de junio de 1614 se estableció un pago inicial de doscientas libras, disponiendo que de esta cantidad se entregaran cincuenta libras a Jorge Pons elegido como depositario y se iniciaran las obras en el lugar denominado de la Piedra Picada.

Todas las circunstancias hacían presagiar una

2.- AHN. Serie “Estado”. Legajo 3.028 Expte. n° 12.